

Mejor relato de autor local

## *Sin título*

de Rosana Quero Sánchez

Regresé a tiempo para escuchar el cuco del salón marcar las tres. Deseando tener la precisión de un avezado relojero, extraje las llaves del bolsillo y abrí la puerta procurando no hacer el menor ruido. Tenía el flequillo empapado y las gotas de agua que caían de él me estaban dificultando la tarea. Cerré los ojos y vislumbré a Elena acurrucada en su lado de la cama, convertida en una extensión del edredón con una cabecita asomando. Tenía los labios apretados y la cara de soñar. No podía despertarla.

Conseguí entrar en casa y echar la llave sin contratiempos. Volví a respirar y me retiré el pelo mojado de la cara, pensando en el calor de la cama que me esperaba al otro lado del pasillo. Avanzaba en la oscuridad hacia la habitación cuando vi la puerta del salón cerrada y luz tras ella. Extrañado, fui a comprobar que Elena estaba en la cama como la había imaginado. No era así. Volví sigiloso al pasillo y me quedé inmóvil frente a la puerta unos segundos, dudando si abrir o no. Decidí probar suerte.

—¿Elena? —tuvo que notar la inseguridad en mi voz.

Me la encontré contemplando la lluvia de pie tras la ventana. Tenía las manos en los bolsillos de un viejo pantalón y cien kilos de libros de poesía en los hombros. Llevaba un jersey en el que cabría yo con ella y una coleta alta despeinada, los pies descalzos rozando el frío de la madera y la canción más triste del mundo sonando en sus oídos. No podía verle la cara, ni siquiera en el reflejo del cristal, pero nada más entrar al salón me invadió una certeza absoluta de que lloraba. Estaba guapísima envuelta en tristeza.

Miraba a un punto en el horizonte que solo ella podía ver. Inspiraba el aire insípido

bañado en motas de polvo que había en la estancia, y espiraba pedacitos de cristal manchados de sangre, a ritmo de costalero. Temblaba de manera casi imperceptible, casi consciente. Había una pequeña nube, como de un metro cuadrado, justo encima de ella. Aquí, dentro de casa. No llovía, no había tormenta. Simplemente estaba. Como su pena.

Pensé en acercarme y abrazarla como si fuera a desaparecer si no lo hacía. Pensé en recitarle su estrofa de Salinas preferida, en desnudarla de su llanto a base de caricias. Pensé en quitarle toda esa pesadumbre que la envolvía, doblarla en una esquina y enseñarle a domesticar la oscuridad. Pensé en salir de allí corriendo antes de que me viera. Pensé en componerle una canción de amor con el dolor que la afligía aquella tarde, aquella vida. Pensé en rozarle el cuello con un dedo, rodear su torso con mis brazos y quedarme dormido en su pecho. Pensé un centenar de cosas más. Se me adelantó.

—¿Qué clase de suerte es la que tiene un naufrago cuando es el único superviviente?

Guardé silencio. Estaba equivocado, no había llanto en su voz. Tampoco ira, enfado o temor. Solo un dolor tan profundo y enraizado que fui yo quien empalideció de miedo. ¿Cómo podía existir tanto sufrimiento reservado para una sola persona? ¿Cómo cabía en ese cuerpo?

Elena tenía el alma por fuera y me la mostraba en sus ojos cada vez que me miraba. A mí nadie me había explicado nunca en qué consistía el hecho de ser amado por alguien. Había imaginado en demasiadas ocasiones cómo sería la vida más allá de la soledad virgen de la juventud, y jamás me había siquiera acercado a la realidad.

—El amor no es entregarse a nadie —me había dicho el abuelo Antonio el día que murió mi abuela—. El amor es compartir y compartirse, beberse cada gota de una vida en compañía sin olvidar dónde estabas cuando estabas solo. Así, si algún día tienes que

volver, como hoy tengo que volver yo...

Me mareé cuando se giró y clavó sus ojos en algún lugar dentro de los míos. Intenté encontrar una esquinita de su alma en sus retinas, concentrándome en mantenerme en pie. Todo lo que vi ahí dentro fueron las ruinas de una casa a medio construir y un plato frío de sopa sobre la mesa de la cocina. Ni siquiera un río de lava, una bañera llena de barro o un cuchillo manchado de sangre. Nada. Solo una sopa fría.

Un escalofrío empezó a bajar en aquel momento por mi columna, y la sigue recorriendo desde entonces.

Rendida, suspiró y se miró los pies. Era diminuta al lado de todo su dolor. Me acerqué tan lentamente que no supe siquiera si avanzaba. Cuando mis brazos encontraron sus hombros, mi pecho el suyo, y su aliento mi cuello, me detuve.

La nube que nos cubría empezó a llover.